

LA HORA DEL ÁNGELUS

Las doce del mediodía. Desde la habitación del Hospital General oímos las campanas de la Catedral. Es la hora del Ángelus, y mi madre se acerca a la cama del abuelo para decírselo y, muy bajito, empieza a recitárselo al oído. Él ya no puede decirlo, está exhausto, no tiene fuerzas para rezarlo en alto. Todos los que estamos allí, nos unimos a mi madre y lo empezamos a rezar interiormente. En silencio.

Es un momento importante de cada día en la vida de mi familia. Han sido tantas las veces que hemos ido con el abuelo hasta la ermita de la Virgen para tocar el campanil, y tantas las veces que se lo hemos escuchado rezar mientras nos enseñaba cómo hacerlo, que todos lo aprendimos y acogimos como algo propio, de nuestra familia.

- *“Un toque, dos y tres...”* El Ángel del Señor anunció a María...

Silencio.

- *“Cuatro, cinco, seis...”* Aquí está la esclava del Señor....

Silencio

- *“Siete, ocho, nueve...”* Y el Hijo de Dios se hizo hombre....

Silencio

- *“Diez, once y doce...”*

“...Y ahora tira con fuerza de la cuerda para que voltee la campana y todos en el pueblo, al oírla, se acuerden de la Virgen, de su Hijo Jesús y la recen un avemaría.”

Bajamos juntos de la ermita agarrados de su mano, que es áspera y dura. Es la mano de un hombre de campo, que la usa para arrancar de la tierra unas espigas y de la campana de la ermita una oración a la Virgen.

Ahora, en el hospital, son las doce y dos minutos del mediodía. Mi abuelo se ha ido.

Esta vez no ha subido a la ermita de la Virgen a rezar el Ángelus y a tocar el campanil, ha sido Ella la que ha venido a buscarlo para rezarlo con él en el cielo.

En la Catedral siguen sonando las campanas, y mi abuelo ya no las escucha aquí. Era lo lógico. Es la hora del Ángelus.